25 de noviembre 2026

Bienvenidos, bienvenidas, bienvenides a este momento tan significativo para la vida de quienes están acá, quienes reciben hoy su título y familias, amigos, compañeros/as que acompañan, reconocen y celebran el haber llegado hasta aquí. Así también lo entendimos docentes y nodoncentes que estamos aquí, en un día de paro en reclamo por el cumplimiento de la ley de financiamiento educativo, estamos garantizando el derecho a la educación en este momento. Gracias, gracias por venir y hacer posible este encuentro.

Hannah Arendt *«La educación es el punto en el cual decidimos si amamos al mundo lo suficiente como para asumir una responsabilidad por él, y de esa manera salvarlo de la ruina inevitable que sobrevendría si no apareciera lo nuevo, lo joven».*

Asociar la educación con el amor por el mundo encierra una profunda potencia política y es al mismo tiempo, una invitación para esta nueva etapa que hoy inician. Constituye una decisión ética que nos interpela de lleno a quienes nos hemos dedicado a la tarea educativa: a construirla, a desarrollarla y, en este tiempo, a defenderla. Entender la educación como presente es reconocerla en lo que sucede cada día en el aula, en los territorios y en la universidad pública, donde vamos definiendo la sociedad y el proyecto de país que queremos. El trabajo con el conocimiento nos sitúa en un umbral ético y político ligado a su democratización, tanto a través de la formación de nuevas generaciones como al ponerlo al servicio de los problemas de las mayorías y del desarrollo nacional.

Hace pocos días conmemoramos el Día de la Soberanía Nacional y el aniversario de la gratuidad universitaria. Ambas fechas nos invitan a resaltar los vínculos inseparables entre soberanía, democracia, educación y ciencia, para pensar y construir nuevos acuerdos en la reconstrucción social, política y económica de nuestro país; un lugar en el que todas y todos podamos proyectar futuro.

Este año volvimos a debatir la soberanía con fuerza, incluso a partir de lo que despertó, en el contexto del Mundial de Fútbol, la re afirmación colectiva de que las Malvinas son argentinas. Pero la soberanía y la democracia no se juegan únicamente en las instituciones del Estado o en la vigencia de nuestras leyes, si bien son los mas significativos. Se construyen también en los espacios más próximos de nuestra existencia: en los hogares, en los vínculos afectivos, en los cuerpos, en los territorios, en el cuidado de nuestros bienes comunes, en las

relaciones laborales y en las formas cotidianas de ejercer el poder. Las luchas feministas nos han enseñado que no es posible construir una sociedad plenamente democrática mientras persistan relaciones de subordinación y violencia en esos espacios.

Por eso, las y los convocamos a permanecer cerca de los debates significativos para el conjunto de la sociedad, de las realidades presentes en los barrios y en las instituciones, junto a quienes trabajamos, investigamos e intervenimos cotidianamente. Estimular nuevas y viejas conversaciones colectivas nos permite tender puentes con aquello que queremos transformar. Estos encuentros confirman que no es posible proyectar una sociedad democrática y soberana sin educación pública y sin producción propia de conocimiento, ciencia y tecnología.

Hoy se cumplen poco mas de 400 días sin que el Gobierno nacional aplique una ley sancionada por los representantes del pueblo; hoy nuestra democracia está en riesgo y es más frágil. Cuando exigimos la plena vigencia y el cumplimiento de la Ley de Financiamiento Universitario, no defendemos un privilegio ni un interés sectorial de quienes estudiamos o trabajamos en estas aulas; defendemos el derecho colectivo a producir conocimiento propio, a garantizar el acceso igualitario al saber más allá de las condiciones de origen y a sostener la herramienta de justicia social más poderosa que construyó nuestro país. Porque la educación no es una mera preparación técnica para el mercado: es el espacio presente donde se edifica la posibilidad de un futuro común.

La democracia constituye ese sistema imperfecto pero indispensable que habilita la construcción de lo común, de nuestra casa común, bajo reglas que construimos, respetamos, sostenemos y transformamos colectivamente. Democracia, autonomía y lo común hacen posible pensar el presente y proyectar el porvenir.

Hoy es 25 de noviembre, Día Internacional de la Eliminación de la Violencia contra las Mujeres, y en estos días se cumplen también veinte años de la Ley de Educación Sexual Integral (ESI), que junto a la celebración de la marcha del orgulllo, se constituyen en herramientas fundamentales para pensar el primer territorio que habitamos, que es nuestro cuerpo, nuestra casa. Son banderas esenciales de los feminismos y los movimientos de la disidencia sexo generica, que, en democracia, se convierten en estandartes de lo común. Reafirmamos hoy nuestro compromiso con una vida libre de violencias para todas las personas, y en especial para las mujeres, las niñas y el colectivo LGBTIQNB+.

Estas reivindicaciones son posibles gracias a la democracia que supimos recuperar tras la larga noche de la dictadura militar. A cincuenta años del último golpe de Estado, constituyen conquistas democráticas irrenunciables que debemos sostener, ampliar y hacer efectivas en cada intervención y en cada acto profesional en el que estemos involucrados. Frente al retroceso o el vaciamiento

de leyes y políticas públicas conquistadas, convocamos a insistir desde el conocimiento y desde las políticas de lo común.

Las y los invitamos a educar y a intervenir allí donde todas las diferencias sean reconocidas y valoradas, con un firme enfoque de derechos humanos. Eso significa brindar, los argumentos y las herramientas necesarias para desnaturalizar las profundas desigualdades que persisten, apostando a prevenir las violencias desde las niñeces y juventudes. Sin ESI y sin políticas públicas activas para una vida libre de violencias, se retrocede en la democratización de los afectos y de la vida cotidiana.

Al celebrar hoy sus egresos, cada uno de los títulos que reciben condensa una historia singular, un esfuerzo personal y familiar enorme, pero también una experiencia colectiva: la de una sociedad que decidió que el acceso al conocimiento no puede depender de las posibilidades económicas de cada uno. Sus trayectorias y sus logros son la prueba viva de lo que somos capaces de construir cuando sostenemos instituciones de lo común.

Amar el mundo, en el sentido que propone Arendt, no significa aceptarlo tal como es ni desconocer sus injusticias. Es asumir que ese mundo nos concierne, que somos responsables de lo que hemos recibido, de lo que hacemos con ello y de las condiciones en las que lo entregaremos. Para las ciencias sociales, esa responsabilidad supone comprenderlo críticamente, interrogar sus desigualdades y contribuir a transformarlo.

Puede parecer ambicioso traer aquí estas conversaciones y debates que renovamos cada día, pero resultan imprescindibles para pensar nuestro tiempo: para abordar las deudas históricas de nuestra sociedad junto con los derechos recientemente vulnerados, desde el compromiso irrenunciable con una sociedad menos desigual y más humana.

¡Felicitaciones a todas, todos y todes!!! Esta facultad, esta universidad seguirá siendo siempre su casa, nuestra casa.